
La Creación y la Caída

Fernando Beier ¹

Introducción

Comprender la profundidad de la unión que Dios anhela tener con la humanidad no siempre es un ejercicio fácil. ¿Cómo podemos estar unidos a Alguien a quien no podemos ver o tocar?

No siempre fue así. En la Creación, Dios preparó un planeta lleno de vida. No es en vano que el relato bíblico describa así la satisfacción del Creador: “Entonces Dios contempló todo lo que había hecho, y vio que era buen en gran manera” (Génesis 1:31). Luego, Dios creó a los seres humanos en la tierra, ofreciéndoles paz y libertad. Y finalmente, Dios se unió al hombre para vivir una relación de amor y unión.

Al leer los primeros capítulos de la Biblia, somos conducidos a reflexionar en lo mucho que nos hemos apartado del plan original. Separada del Creador y debilitada por el pecado, la humanidad se ha convertido en apenas una sombra de aquello que fue. El futuro habría sido aún más desolador, si no existiera el plan divino para el rescate de nuestro planeta. En Jesucristo, somos llamados a volver al estado de plena unidad con la Divinidad. Como afirmó Brennan Manning: “Jesús nos libera de la alienación y la condenación, y nos ofrece a cada uno de nosotros una nueva oportunidad”.

El amor como fundamento de la unidad

Ninguna de las obras creadas por Dios recibió la característica que se presenta en el libro de Génesis, relacionada únicamente con el ser humano, al declarar que fue hecho “a imagen” de Dios” (Génesis 1:26). ¿Por qué motivo el Creador puso al hombre en una posición tan singular? Piensa en un matrimonio que desea tener un bebé para cuidar de él y ampararlo. A pesar de los riesgos, se toma la decisión, y se prepara todo un proceso para concretar ese sueño. Con la llegada del niño, el amor pone todo el resto en un segundo plano.

¹ Escritor y conferencista, pastor en la Asociación Paulista del Sudoeste. Con una maestría en Teología, ha escrito dos libros: *Crisis espiritual*, y *Experimente un nuevo comienzo*, ambos publicados por la Casa Publicadora Brasileira (en portugués).

Sí, estamos hablando de un Creador que desea dedicarle todo su amor a sus hijos, en una unión que las palabras humanas no logran describir.

El hombre fue colocado en el punto más alto de la creación para revelar no sólo el poder creador de Dios, sino su mayor objetivo; hacer del hombre el conducto definitivo del amor.

Las consecuencias de la caída

En cierta oportunidad, el escritor C. S. Lewis expuso su convicción de que el libre albedrío era la respuesta para la existencia del mal: "Un mundo de meros autómatas no podría conocer el amor y, por lo tanto, tampoco podría conocer la felicidad infinita".

Lamentablemente, la decisión de Adán (y de su esposa) trajo una desalentadora separación del Creador. La luz de la pureza se extinguió, y la maldición del pecado pronto se hizo presente en todos los aspectos de la vida. El primer hijo de Adán se convirtió en el primer asesino, y las siguientes generaciones escogieron el camino de la total desunión en relación a Dios. En poco tiempo, todos estuvieron sumergidos en una total corrupción. El Diluvio no fue una respuesta de venganza, sino de juicio.

No obstante, esa tragedia no fue el fin. Dios todavía deseaba restaurar su unión con la humanidad. El arco iris que Noé avistó junto a su familia, trajo consigo la señal de una promesa de protección y misericordia, mostrando que aún había esperanza de salvación y reconciliación.

Más desunión y separación

El virus del pecado se instaló tan profundamente en la humanidad que las advertencias y calamidades no cambiaron en nada el corazón de las personas. Aun con los resultados del Diluvio todavía resonando en sus oídos, los descendientes de Noé prefirieron seguir sus propios caminos, ubicándose en dirección opuesta a los deseos divinos. La construcción de la torre de Babel fue apenas una consecuencia de la arrogancia de una vida centrada en uno mismo.

Dios había creado a la humanidad para que conformara una gran familia. Ahora, estaban más separados que nunca. La escritora Brenda Quin afirmó que Dios le hizo un favor al pueblo, "al confundir su lengua y esparcirlo por la tierra". Según ella, hizo que así reconocieran cuánto lo necesitaban. ¿Sirvió de algo? Muy poco. El descenso de la humanidad en dirección al abismo parecía no tener fin. Sin embargo, Dios todavía mantenía un plan redentor en progreso. Un patriarca sería escogido para cambiar el curso de la historia.

Abraham, el padre del pueblo de Dios

Abraham fue el primer personaje bíblico que enfrentó aquello que todo cristiano conoce bien: la lucha espiritual. La batalla entre creer y dudar: entre seguir la voz de Dios o la propia; entre continuar adelante o volver; todo eso fue experimentado por el patriarca. Tuvo que aprender la verdadera sumisión a Dios, especialmente en los días más oscuros.

Abraham debía creer en el plan de Dios de reunir un grupo de personas que desearan vivir en unión con el Creador. C. S. Lewis nos recuerda qué clase de sumisión Jesús espera de nosotros. Y escribió: “Cristo dice: ‘Quiero todo lo que es tuyo. No quiero una parte de tu tiempo, una parte de tu dinero, o una parte de tu trabajo; te quiero a ti. No he venido para atormentar tu ser natural, vine para matarlo. Y las medidas tomadas a media no alcanzan”.

En medio de muchas preguntas sin respuestas, Abraham aprendió a someterse. Y nosotros necesitamos hacer lo mismo.

El pueblo escogido de Dios

Abraham es conocido como “el padre de la fe”, no porque no dudara (de hecho, flaqueó varias veces en su confianza), sino porque finalmente escogió confiar. Su fe, la cual derivó en obediencia a los deseos de Dios, fue registrada para que sus descendientes siguieran sus pasos. Dios comenzó a levantar un pueblo basado en la fe que obra por amor.

El plan divino consistía en transformar el mundo a través de Israel. Por encima de todo, Dios anhelaba traer hacia Él a los pueblos que se habían dispersado. ¿Quién los iba a librar de la mentira que se proclamó en el Edén, respecto de que el hombre puede ser igual a Dios? Esa mentira debía ser confrontada con la fuerza de la fe.

En el plan de Dios, expuesto en la Biblia, el pueblo de Israel representaba la gracia de Dios manifestada al mundo. Y no ha cambiado eso en nuestros días. Debemos ser luces en medio de las tinieblas morales de este planeta

Conclusión

Desde la caída en el Edén, el plan de Dios es traer de nuevo a los hombres hacia sí mismo. A pesar del abismo causado por el pecado, la unidad del Creador con la criatura aún es posible. Por lo tanto, no debemos olvidar que:

- Dios nos creó para amar.
- Tenemos la libertad de aceptar o rechazar el amor divino.
- Apartarnos de Dios termina en tragedia e infelicidad.
- Dios nos llama a permanecer de su lado.

¿Por qué reafirmar hoy mismo, el deseo de permanecer unidos a Dios, sometiéndole a Él nuestro errante corazón?

Fernando Beier
Pastor
Asociación Paulista del Sudoeste
Brasil



Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©